

Capítulo 1

Una chica buena

Recuerdo muy bien la primera vez que te vi...

Fue después de que pasó aquello.

El autobús se detuvo donde siempre, como siempre, como si lo del día anterior no hubiese sido más que un traspié sin importancia. No había pasado nada. La vida seguía.

Enseguida, un puñado de niños alborotados se derramó sobre la avenida.

Todos, ansiosos por regresar a casa.

Todos, excepto yo.

—Oye… —oí a mis espaldas—. ¿Qué haces?

Me detuve de inmediato.

Me sudaban las manos.

Quería fingir que la vida seguía, pero no podía.

Giré despacio, en cámara lenta. Cuadro por cuadro.

Ulises me observaba a la sombra de un entrecejo espeso. Llevaba a Afrodita, la mayor de sus tres hermanas, de la mano y adosada a su costado. Igual que siempre. Aunque yo nunca lo había notado hasta ese momento. Lo veía todo con ojos nuevos. Como si no fueran los míos.

Me los hubiera arrancado si hubiera podido. Si me hubiese atrevido…

Me preguntaba si él lo sabía.

Vivíamos en el mismo barrio. En el mismo complejo de apartamentos. Marcy Houses era un proyecto de viviendas sociales en el corazón roto del viejo Brooklyn. Allí se aprendía, bien temprano en la vida, que cuidarse los unos a los otros tenía sus beneficios.

Éramos buenos vecinos, Ulises, Afrodita y yo. Solíamos regresar juntos a casa.

—¿Dónde vas? —preguntó, desorientado por el cambio en el flujo natural de nuestra rutina.

Me sequé las palmas sudadas sobre las tablillas de la falda.

No había respondido todavía porque la pregunta estaba mal. No era esa. No se trataba de adónde iba, sino de adónde prefería no regresar.

No quise corregirlo.

Miré por encima de su cabeza, hacia el otro lado de la calle, y la fachada de la tienda de conveniencia se me ofreció como respuesta.

—Al 7Eleven.

Dubitativo, alzó una ceja.

—Necesito ir por una leche —fue mi pobre intento de elaboración.

—¿Leche?

—Ajá.

Aunque no parecía del todo convencido, opté por tomarlo como validación suficiente.

—Nos vemos luego. —Debía darme prisa.

Giré, y me fui. Hui. Llené espacios de duda con zancadas largas hacia la dirección elegida. ¿Qué dirección era esa? Pues, la otra. La contraria. ¿La mía?

***

La palabra conveniencia no era la que solía venir inmediatamente a mí en referencia a la tienda. No hasta ese momento, al menos.

Sigo siendo una buena chica, repetí en mi mente al atravesar el umbral. Cruzar me daba vértigo. Aunque ese lado de todo, el que nunca me había atrevido a explorar antes, era extrañamente tentador. Había algo allí abajo, en ese abismo oscuro. Algo que tiraba fuerte de mí.

¿Sigo siendo una buena chica?

Supuse que mientras mamá no se enterase de nada, no la lastimaría. Lo que ignoras no te duele.

Me cuidaba a mí y también a ella. Mataba a dos pájaros de un solo tiro.

¿Eso era positivo?

No estaba del todo segura.

Solo de que, ser una buena chica tampoco había sido de mucha ayuda…

Avancé.

Había un par de chicos en las máquinas de videojuegos, cerca de la entrada. La de la izquierda, *PAC-MAN Deluxe*, tenía un cartel de "Fuera de servicio" desde siempre. Honestamente, no recuerdo un tiempo en el que hubiera servido para algo más que no fuese sostener el refresco del jugador de turno en el *Street Fighter II*, la máquina contigua.

Era el lugar de la tienda que concentraba más tráfico.

El Dueño, un oriental cuyo nombre me era físicamente imposible de pronunciar, lo controlaba todo con ojo de águila. Lo asistía una solitaria cámara de seguridad, que en general enfocaba el exhibidor de las bebidas alcohólicas. Recibía a los clientes con una mirada entornada a modo de advertencia. Todos éramos culpables hasta que se demostrase lo contrario.

Pasé a su lado y estrechó los párpados. Su olfato era agudo.

Pegué la mirada al piso y me coloqué los auriculares. Las almohadillas color naranja, casi ocre a causa del paso del tiempo, se amoldaban perfectamente a las inexactas curvas y contracurvas de mis orejas. El cable fino y largo se perdía en los confines de mi mochila. No estaban conectados a nada. La música venía de mi cabeza. Reproducía lo que

yo quería y cuando yo lo quería. El walkman al que se conectaban originalmente había quedado atrapado entre los hierros retorcidos del Corvette favorito de Papá.

Igual que Papá… pero esa era otra historia.

Reproduje la voz pedregosa de Kim Carnes en su intrépida versión de "Bette Davis' Eyes" y me hizo sentir poderosa. Incluso un poco peligrosa.

Hacia el fondo, había un par de heladeras altas y alargadas que contenían la acotada selección de lácteos. Era un lugar seguro. La cámara de seguridad no lo enfocaba. Supuse que me vería menos culpable si compraba algo, si pagaba un costo por estar allí y recordé que traía algo de dinero. Algunas monedas que acumulaba en caso de emergencia.

Esto calificaba como una.

Me hice a un lado y las conté.

Eran suficientes para lo que necesitaba. Lo tomé como una señal.

Abrí la heladera y, aunque no olía de maravillas allí dentro, aguanté la respiración y dejé que esa frescura blanca se me pegara a las mejillas acaloradas.

Cerré los ojos por un momento.

"Y ella te provocará, te incomodará. Todo lo mejor, solo para complacerte. Es precoz y sabe exactamente qué se necesita para hacer sonrojar a un profesional", cantaba una atrevida Kim. ¿O era yo? Tal vez. Es que se sentía tan bien… Moví un poco el cuello, los hombros, el pelo. Bailé con mi galón de leche en la mano. El de tapa roja, porque a Mamá y a mí nos gustaba cremosa.

Cerré la heladera, giré y me detuve apenas un latido antes de chocar con un par de ojos oscuros.

—Ten cuidado —dijo y pasó a mi lado.

Quise decir un "lo siento", pero no me salió.

En cambio, me abracé al galón de leche y me hice a un lado.

Los ojos iban dentro de un chico a quien no había visto en la vida. Era alto y delgado, y un sudor plateado lo cubría entero. Avanzó por el pasillo con las manos escondidas en el bolsillo delantero de un suéter gris que le quedaba inmenso. Un suéter supergrueso, completamente inapropiado para el verano en primavera que había estallado unos días atrás.

Se detuvo frente a la góndola de los productos "frescos".

Había algunas manzanas, bananas, un par de naranjas. Nada más.

Era claro que, por aquí, las opciones no abundaban.

Lo vi tomar una manzana de la pila y mirar a un lado, al otro, a mí. Luego, en un movimiento fluido, casi líquido, se guardó la manzana en el bolsillo delantero de su suéter gris.

¡Rufián!

Abrí la boca y volví a cerrarla, de inmediato. ¿Qué se suponía qué iba a decir?

¡Es un ladrón de manzanas!, grité para adentro. Miré alrededor. ¿Nadie más lo había visto?

Estaba asombrada. Indignada. Y un poco acalorada… Lo vi avanzar hasta el frente de la tienda y tomar una botella de agua a la pasada. Lo seguí de cerca. Él sabía que yo lo seguía. Y que lo había visto, además.

Sabía, pero claramente, no le importaba.

Dejó su botella sobre el mostrador.

—¿Eso es todo? —preguntó el Dueño.

—Eso es todo —dijo el Ladrón. Pagó con un billete que bien hubiese cubierto el costo de la manzana que llevaba escondida encima.

Apoyé la leche sobre el mostrador con una fuerza innecesaria. El Ladrón esperó por su cambio y yo quería golpearlo y puede que me confundiera, pero me pareció ver una sonrisa recostada entre sus labios.

—Que tenga un buen día —se despidió con una mano en alto.

¡Que descarado! Hasta se atrevió a mirarme de frente justo antes de salir a la calle.

—¿Eso es todo? —preguntó el Dueño.

Estreché los párpados. Su olfato no era tan bueno después de todo.

—Ajá —puse mis monedas sobre el mostrador y lo observé contarlas a desgano.

***

Caminaba hacia Marcy Houses.

Intentaba mantenerme distraída. Reproducía la secuencia con el Ladrón de manzanas, una y otra vez en mi cabeza. La editaba cada vez. Le aplicaba pequeños cambios, gestos y hasta me imaginaba reaccionando de otra forma. Una distinta. Podría haber sido distinta. ¡La heroína del día! Pero no.

Era demasiado cobarde para eso.

Aquí estaba… Regresando al edificio de apartamentos con la cabeza gacha.

Con cada paso que daba, sentía que me apagaba más. Que el chispazo de luz se disipaba. Que el ímpetu que me había impulsado, el coraje de lo que pudo haber sido y todo aquel desparpajo se habían quedado un par de cuadras atrás, deambulando entre los pasillos del 7Eleven.

Todo se me venía encima.

De repente, me miré los pies y traía grilletes. Igual que una condenada.

No quería avanzar.

Arrastré los pasos hacia el penúltimo apartamento a mi izquierda y toqué un par de veces.

El bullicio de los niños llegó al pasillo incluso antes de que mi vecina abriera la puerta.

—¿Dónde estabas? —preguntó de mal genio. Juniper era su nombre. Traía a Aquiles, el más pequeño de sus hijos, pegado a la cadera. El niño tiraba del lóbulo de su oreja izquierda, pero ella parecía no darse cuenta de nada.

—¿No te lo dijo Ulises? —dije y justo lo vi asomar la cabeza desde la cocina.

—Te lo pregunto a ti. —Juniper endureció la expresión.

—En el 7Eleven.

—Sabes que tu mamá espera que regreses a casa de la escuela, hagas tu tarea y cenes antes de que ella vuelva. Me deja a cargo de que eso suceda. ¿Qué se supone que le diga si es que acaso llama? ¿Que no sé el paradero de su hija?

—Estaba en el 7Eleven. Se lo dije a Ulises…

—Entra de una vez.

Justo en ese instante, sintiéndome bajo ataque, se me cruzaron la rabia, unos ojos oscuros y la naturalidad con la que el Ladrón había mentido.

Robado.

Engañado.

¿Podría yo, acaso? ¿Se valía mentir cuando era en defensa propia?

Miente, miente, miente.

—Fui por… —*¡Miente!*— un antiácido. Me duele el estómago.

Su rostro pasó del enojo a la duda y luego, a la incomodidad. Fue un segundo apenas, pero yo la reconocí enseguida. Había visto ese tipo de mirada antes en los ojos de Mamá, en muchísimas ocasiones ya. Agotamiento. Desborde.

Sentí una repentina punzada de culpa, pero decidí no dejar pasar la oportunidad.

—¿No crees que es mejor que me quede en casa hoy? No quisiera que los niños se contagien.

—¡Por Dios, ni lo pienses! —se persignó—. ¡Sería un caos! Debo llamar a tu mamá…

—Su turno acaba en un par de horas —la detuve de inmediato—. Además, estamos a dos puertas de distancia. Estaré bien.

—¿Segura? —buscaba una confirmación para una decisión que, para su alivio y el mío, había tomado ya.

¡Síííí!

—Tengo trece años. Cumpliré catorce en marzo —sonreí una victoria pequeña—. Creo que puedo manejarlo.

"Ella te pondrá su música y no tendrás que pensarlo dos veces", cantó la engañosa Kim en mi cabeza mientras entraba a casa y dejaba fuera todo lo demás. Solo que esta vez definitivamente era yo quien entonaba la melodía.